

BUSTOS, Gerardo, *Libro de las descripciones. Sobre la visión geográfica de la península de Yucatán en textos españoles del siglo XVI*, Universidad Nacional Autónoma de México, Centro de Estudios Mayas, México, 1988.

El *Libro de las descripciones* de Gerardo Bustos nos ofrece una reinterpretación del mundo natural y humano de la península de Yucatán en el siglo XVI a través de la visión que los españoles dejaron plasmada en dos de sus obras: *Relaciones histórico-geográficas de la Gobernación de Yucatán* y *Relación de las cosas de Yucatán*, escrita por fray Diego de Landa. En este estudio el autor incorpora los estudios actuales de la época colonial, los de las culturas indígenas y los de la ciencia geográfica.

La obra se inserta dentro de la corriente de la geografía histórica y parte de la premisa de que tanto la geografía física como la humana sufren grandes transformaciones con el transcurrir del tiempo, en gran parte por la acción depredadora del hombre, o bien por las actividades que éste realiza en su lucha por el dominio y la supremacía sobre sus congéneres. De aquí que su estudio resulte fundamental para conocer las características geográficas, físicas y humanas de un área específica durante los primeros años del contacto español y su transformación en el tiempo; además contiene aportaciones que nos permiten comparar cómo se han modificado el medio y diversas actividades del hombre en cuatro siglos.

Entre los objetivos del autor está señalar la evolución de los conceptos geográficos a través del tiempo, que en ese momento histórico sirvieron para que aquellos hombres se explicaran la presencia del Nuevo Mundo que venía a resquebrajar las ideas y esquemas previos al descubrimiento de estas tierras, causando emociones encontradas de fascinación y desconcierto.

En un capítulo introductorio señala los avances que en las diversas ciencias se suscitaron al encuentro con las nuevas tierras, en especial en el campo de la geografía y en las diversas ramas que la conforman como la cosmografía, avances que resquebrajaron los cánones establecidos al redefinir objetivos y límites. También señala los progresos técnicos, como podría ser el arte de navegar, con el consiguiente desarrollo de artesanos especializados y los cambios subsecuentes en la economía.

Luego se refiere al valor que, para el análisis geográfico, tienen los dos textos que emplea como fuentes principales. A fray Diego de Landa lo considera como un buen observador, a pesar de que en múltiples ocasiones recurre a explicaciones de tipo providencialista para explicar el origen de los fenómenos geográficos; sin embargo el fraile se permite cuestionamientos que le dan pie a conceder contestaciones científicas. No obstante que sólo la última parte de su obra constituye un resumen de flora y fauna, Bustos señala que a lo largo de toda se pueden encontrar reflexiones de gran interés.

A diferencia de este libro, las *Relaciones histórico-geográficas* . . . tuvieron que ceñirse a un cuestionario redactado a instancias de la Corona, pero que pedía amplia información sobre los recursos naturales y humanos, por lo que también son de gran utilidad. Además, debido a que la conformación peculiar de la provincia llamó la atención de los encomenderos que debían contestar este cuestionario, por provenir de un medio diferente, pusieron especial esmero al intentar explicar ciertos fenómenos físicos y humanos.

La segunda parte del *Libro de las descripciones* está dedicada al medio físico de esta región. La inicia con los conceptos que en las diversas fuentes se tenían sobre la península de Yucatán abordada en su totalidad, es decir, sus coordenadas geográficas y dimensiones, y se refiere a un problema fundamental: cómo por varios años se le consideró como una isla, y menciona que ya para 1527 aparece un mapa donde se le contempla como península. Cabe admirarse cómo con la tecnología de la época, pudieran acercarse tanto a la realidad física de la zona.

Al adentrarse a temas más específicos, primero se refiere al relieve, que los cronistas destacan por las pocas elevaciones, observando la sierra del Puuc y sus límites, además de advertir que constituía una zona de reserva de alimentos en el caso de que escasearan.

En cuanto a las características litológicas, el autor hace notar como lo que más llamó la atención fue la ausencia de metales, vinculando, de manera falaz, esta carencia con lo pedregoso del terreno. Además de inferir, por la localización de conchas fósiles, que la península antaño estaba cubierta por el mar.

Las fuentes, señala Bustos, poca alusión hacen de las costas, lo cual le resulta extraño ya que su forma de transportarse era primordialmente marítima; lo único que les causó interés era el conocer lugares para establecer puertos para el comercio.

En lo concerniente a climas, el autor indica que más que referirse a los diversos tipos se mencionan sus elementos característicos, como son la precipitación, la temperatura y vientos, mismos que parece ser se realizaron sin bases sólidas y a un nivel muy subjetivo.

El tema de la hidrografía, tanto la superficial como la subterránea, fue algo que llamó la atención al fraile y a los encomenderos, debido a la escasez de líquido en la península e intentaron explicarla. Supusieron que el agua superficial provenía de lagos y arroyos salobres, en especial la de los cenotes. En cuanto a su origen, Landa supone fue la divina fuerza creadora quien por medio de sus rayos provocó tales oquedades; sin embargo, deja abierta la posibilidad de que otra causa pudiera haberlos formado. Los encomenderos parece ser emplearon conceptos indígenas para explicárselos. Por su parte, respecto al agua subterránea, consideraban que se debía al mar o a la condensación del aire en las cavernas del interior de la tierra y ambas, superficial y subterránea, estaban relacionadas. En términos generales no se preguntaron el porqué de estos fenómenos, pero sí señalan su existencia y siempre vinculándola con la utilidad de esta agua.

De igual modo no se cuestionaron sobre la distribución geográfica de la vegetación o las causas de su origen, porque su interés era sólo pragmático. Sólo se encuentran constantes menciones sobre los árboles frutales, los maderables y los tintóreos que conforme pasó el tiempo aumentaron su importancia al constituir mercancía de exportación y una fuente importante de ingresos; asimismo se menciona la vegetación herbácea atendiendo a las flores de ornato que se podrían comerciar o bien a las plantas medicinales.

En cuanto a la fauna, el autor Bustos encuentra que los españoles no hacen diferencia entre doméstica y silvestre y ponen especial atención en las especies de mayor tamaño por ser las que les podrían reportar algún beneficio alimentario; las serpientes también fueron motivo de interés por su abundancia, formas disímiles y por la ponzoña de algunas, apren-

diendo a emplear algunos remedios indígenas; asimismo se mencionan saurios y tortugas; de aves, Landa las separa en terrestres y marinas de acuerdo al lugar donde obtenían sus alimentos y las *Relaciones* sólo mencionan las terrestres y emplean parámetros comparativos con las españolas. Algunos mamíferos desconocidos fueron descritos por los españoles con más detenimiento, es el caso de la danta, el armadillo, el zorrillo y el pecarí, entre otros. En ambos casos, flora y fauna, el autor estructuró dos cuadros que facilitan el conocimiento sobre estos temas.

La tercera parte de este libro se refiere a la geografía humana; Bustos atiende a aspectos como distribución de la población, el decremento de la misma por la mortalidad y las migraciones. La falta de población en el área sur la suponen los españoles por la ausencia de agua superficial, líquido que constituyó un factor primordial en los establecimientos poblacionales. El autor nos da a conocer datos muy interesantes sobre las reducciones de pueblos, las nuevas distribuciones de los pobladores a raíz de la conquista espiritual y del control político, causa entre otras, de la gran mortandad, juicio que comparten también los encomenderos, quienes acusaban a los frailes de una explotación excesiva de los indígenas, fenómeno que les preocupaba por la disminución de la mano de obra. Sin embargo, plantea el autor, no tomaron en cuenta otro factor primordial como fue las enfermedades epidémicas traídas por ellos mismos.

De los temas incluidos en este libro, uno de los cuales, con los que autor contó con mayor información, es el de geografía económica, pues los encomenderos estaban deseosos de comunicar las condiciones difíciles de la península y todo el esfuerzo que sería necesario derrochar para hacerla productiva, asimismo les interesaba el potencial económico de estas tierras.

Bustos organiza esta parte dividiéndola en actividades primarias, secundarias y terciarias:

Dentro de las primarias, caza, pesca, recolección y agricultura, encuentra los productos obtenidos y le llama la atención la poca importancia que se le da al cultivo del henequén, siendo una fibra con múltiples empleos. Menciona técnicas de cultivo, tenencia de la tierra y a través de sus fuentes com-

prueba cómo la agricultura sería sólo de subsistencia, con escasos excedentes para un comercio limitado.

Le extraña las pocas referencias de Landa a la apicultura y sus productos; no se deja de lado la mención de la avicultura que además de constituir una fuente de alimentos, las plumas de las aves eran empleadas para ornato, por lo que constituía un producto comercial. El ganado, debido a la escasez de agua, no constituyó un recurso importante, pero ponen especial cuidado al referirse a la cría de perros, que no se limitó a los oriundos de América, sino también a los de Castilla.

Entre las actividades secundarias, Bustos encontró referencias a la minería, la cual se concentró en materiales de construcción y en una tierra colorada empleada por los indígenas para ornamentarse; a la explotación de salinas, empresa primordial debido al valor de la sal como mercancía y como producto de tributo pero que nunca se organizó de manera adecuada; a la industria de los colorantes, cuyo beneficio fue materia de exportación.

Dentro de las actividades terciarias destaca el comercio, se exportaba sal, mantas de algodón, maíz; en los negocios tenían gran participación los encomenderos, quienes importaban aquellos productos de los que carecían en estas tierras como lencería, vino y jabón. También señala los principales puertos marítimos, así como las vías terrestres utilizadas para transportar la mercancía, que se desarrollaron y cobraron magnitud, gracias al auge del comercio.

En cuanto a la geografía urbana, el único asentamiento considerado como ciudad fue Mérida, sede de la capital y de la Gobernación, centro religioso, militar y civil, conformada por una cuadrícula perfecta. En tanto que los españoles criticaban los pueblos indígenas, sobre todo por el material de sus viviendas.

En lo que se refiere a la geografía política, incluye dos aspectos fundamentales: la distribución de entidades políticas, tanto indígenas como españolas y por otro lado los cambios de las fronteras y la creación de nuevas entidades.

La obra termina con referencias a la geografía lingüística, la cual no presentó mayores problemas a los españoles por hablarse una sola lengua.

Uno de los valores que más llamó nuestra atención a lo largo de toda la obra es la habilidad con que el autor, basándose en breves citas y datos escuetos de las fuentes (cuyo contenido consiste en descripciones relatadas en un lenguaje a veces ya en desuso, ingenuo, parco y en ocasiones tergiversado), logra una excelente identificación de plantas, animales, accidentes geográficos, distribución de la población, con una visión científica, convirtiendo a estas fuentes, al reinterpretarlas con gran acierto, en una información accesible para que cualquier especialista, sea o no historiador, pueda acercarse a una realidad ajena: a un mundo indígena visto a través de la mirada de aquellos españoles.

La obra resulta novedosa y fundamental para aquellos que quieran adentrarse a los diversos aspectos geográficos e históricos de la península de Yucatán en el siglo XVI.

MARTA ILIA NÁJERA C.